

Ludwig WITTGENSTEIN: *Investigaciones filosóficas*, México: Instituto de Investigaciones Filosóficas 2003, 547 pp.

Las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein son, sin temor a equivocarme, uno de los textos filosóficos más importantes del siglo veinte. Su influencia ha sido desmedida en los terrenos de la filosofía del lenguaje, de la acción, de la mente, en la epistemología, y hasta en la estética y la filosofía de la religión. En ellas, el pensador austriaco parte de un análisis de la naturaleza del lenguaje, y de éste se despliegan, como en un álbum fotográfico (imagen que usa el mismo Wittgenstein en el prólogo a la obra), innumerables descripciones de usos lingüísticos, con el objetivo de luchar "contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje" (§109).

Para entender cabalmente el alcance y el espíritu en el que fueron escritas las *Investigaciones*, resulta necesario explorar los cambios que se dieron en este texto respecto al *Tractatus*, la obra central de su primera etapa de pensamiento. Así lo comenta Wittgenstein en el prólogo de la obra: "Hace cuatro años tuve

ocasión de volver a leer mi primer libro (*el Tractatus logico-philosophicus*) y de explicar sus pensamientos. Entonces me pareció de repente que debía publicar juntos esos viejos pensamientos y los nuevos: que éstos sólo podían recibir su correcta iluminación con el contraste y el trasfondo de mi viejo modo de pensar" (p. 13). Siguiendo el consejo wittgensteiniano, habrá que dar un panorama general del *Tractatus* si queremos entender las preocupaciones generales que motivaron a Wittgenstein a escribir esta importantísima obra, y que el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM ha reeditado con el objetivo de se siga leyendo y estudiando.

La preocupación y reflexión filosófica sobre el lenguaje data desde el origen mismo de la filosofía. Encontramos en Platón al primero que nos ofrece un tratado sobre semántica, el *Cratilo*, donde la fuerte polémica entre el naturalismo y convencionalismo acerca del origen del lenguaje nos lleva a un diálogo aporético. Pero si bien la reflexión filosófica acerca del lenguaje es muy añeja, ésta no siempre se ha dado de la misma manera. Con esto me refiero a que el lenguaje

no siempre ha tenido la misma relevancia para la filosofía. En algunos casos se había recurrido al análisis del lenguaje para resolver algunos problemas filosóficos. En cambio, en el *Tractatus* de Wittgenstein se recurre al análisis lingüístico metódicamente para disolver los problemas filosóficos, haciendo ver, en sus formulaciones iniciales, que no son más que ilusiones creadas por una manera incorrecta de plantearlos: "El libro [el *Tractatus*] trata los problemas filosóficos y muestra —según creo— que el planteamiento de estos problemas descansa en la incomprensión de la lógica de nuestro lenguaje" (*Tractatus logico-philosophicus*, Madrid: Alianza 2000, p. 11).

Para disolver los problemas filosóficos recurriendo metódicamente al análisis del lenguaje se debe, en primera instancia, poner límites a éste. Para así descartar como problema todo aquello que no se ajuste a dichos límites. Entendiendo las cosas así, los problemas filosóficos son pensamientos oscuros, turbios, borrosos, que la filosofía debe clarificar, y por tanto, disolver. La meta de la filosofía en el *Tractatus* es la claridad. Pero ¿cómo clarificar esos pensa-

mientos?, ¿bajo qué criterio? Entonces surge la necesidad del establecimiento de un límite. Por lo que antes de la actividad de clarificación, propia de la filosofía, debe establecerse el criterio: los límites del lenguaje, dentro de los cuales hay claridad, y fuera de los cuales hay oscuridad.

Pero antes surge otro problema: ¿por qué los límites se establecen en el lenguaje, y no en el pensamiento? Sabemos bien que Kant en su *Crítica de la Razón Pura* establece ciertos límites al pensamiento, fuera de los cuales no es posible el conocimiento. Los problemas filosóficos se daban al intentar traspasar esos límites. Entonces, otra vez, ¿por qué los límites en el lenguaje y no en el pensamiento? El argumento de Wittgenstein parece claro: "El libro quiere, pues, trazar un límite al pensar o, más bien, no al pensar, sino a la expresión de los pensamientos: porque para trazar un límite al pensar tendríamos que poder pensar ambos lados de este límite (tendríamos, en suma, que poder pensar lo que no resulta pensable)" (*Tractatus*, p. 11).

Aquí entramos al problema de la relación entre pensamiento y lenguaje. Si tenemos en cuenta

que es mediante el pensamiento como se establecerían los límites del pensamiento, pensaríamos ambos lados del límite, pensaríamos lo impensable, lo cual, como dice Wittgenstein, sería absurdo. Por lo que los límites se establecerán no en el pensamiento, sino en su expresión: el lenguaje. Pero aquí no acaba todo. Pues debe haber algo en común entre el pensamiento y el lenguaje que permita que los límites establecidos en el segundo funcionen para el primero. Y no sólo eso, pues alguien podría objetar que el establecimiento de un límite en la expresión de los pensamientos no limitaría de modo alguno al pensamiento, pues podríamos pensar cosas y no poderlas expresar; como cuando decimos: 'es que no sé como decírtelo'. De aquí surge una nueva exigencia: no sólo debe haber "algo" en común entre pensamiento y lenguaje, sino que el criterio de demarcación del límite debe ser el mismo, lo cual implicaría que entre el pensamiento y el lenguaje no debería haber una diferencia filosóficamente sustancial. De lo que no se sigue sean *exactamente* lo mismo, sino que las diferencias entre ambos son filosóficamente irrelevantes.

Por si fuera poco, no sólo debemos abordar y justificar la relación entre pensamiento y lenguaje para a su vez justificar que el establecimiento del límite (fruto de la crítica), pueda realizarse en el lenguaje y no en el pensamiento. Pues además debemos conectar también el lenguaje con el mundo, pues si estos no tuviesen nada que ver, el límite no sería aplicable al conocimiento de la realidad. La realidad (el mundo) debe justificar el límite mismo.

Wittgenstein propone el establecimiento de un límite del pensamiento a través del lenguaje, para poder terminar con los problemas filosóficos al someterlos al análisis lingüístico. Pero este lenguaje que debe ser limitado no es el lenguaje en general, sino el lenguaje fáctico. Dice David Pears: "Cuando habla [Wittgenstein] de los límites del lenguaje se refiere a los límites del lenguaje fáctico; y los problemas filosóficos que tiene en mente se presentan, como casi siempre ha sucedido, en términos en los que no se distinguen claramente los problemas fácticos" (*Wittgenstein*, Barcelona: Grijalbo 1973, p. 77-78). Es muy importante tomar en cuenta el comentario de Pears, y

la aseveración de que el lenguaje sometido a crítica en el *Tractatus* es el lenguaje fáctico, no el lenguaje en general. Wittgenstein no quiere decir que las proposiciones filosóficas carezcan por completo de sentido, sino que no tienen un sentido fáctico. Lo anterior tiene relevancia porque muy a menudo el último aforismo del *Tractatus* es simplificado y caricaturizado. Me refiero a cuando Wittgenstein dice: "De lo que no se puede hablar hay que callar" (Cf. *Tractatus*, 7). ¿Entonces qué quiere decir este aforismo? La mejor interpretación, corta pero concisa, que he encontrado, es la de Luis M. Valdés: "Sobre lo que no se puede hablar, hay que callar la boca. Esto es casi perorullo: aquello que no se puede decir (todo lo que no pertenece al ámbito de la ciencia natural) no puede decirse, hay necesidad lógica de guardar silencio sobre ello. Naturalmente, esto no significa que los intentos de decirlo no sean valiosos: piénsese sólo en las proposiciones de la filosofía. Los problemas surgen cuando suponemos que las proposiciones filosóficas hablan sobre el mundo al modo que lo hacen las de la ciencia natural" ("Introducción" en *Tractatus logico-philosophicus*, Ma-

drid: Tecnos 2002, p. 78).

Así llegamos a una aclaración que era necesaria: los límites de los que hablaremos a continuación se refieren al lenguaje fáctico (el lenguaje de la ciencia natural, el lenguaje que hace referencia a los hechos del mundo físico). Ahora, ¿cómo pueden ser trazados los límites del lenguaje fáctico? En principio, es evidente que hace falta un criterio *fijo*, un fundamento, mediante el cual podamos trazar los límites, y que por encima de éste no exista ningún otro, pues perdería su calidad de fundamento.

En el *Tractatus* hay dos ideas centrales en lo que respecta a este punto. La primera hace referencia al fundamento que nos referíamos, en este caso, la lógica. La lógica, dice Wittgenstein, rige al mundo, lo llena (*erfüllt*) (5.61). Además, en lógica, toda proposición es su propia demostración (6.1265), lo que quiere decir que es trascendental (6.13), pues sus leyes no están sometidas a otras leyes (6.123), ni lógicas ni de otro tipo. La lógica se *muestra*, no se *dice*. Es una figura especular (*Spiegelbild*) del mundo, lo refleja (6.13). Aún así, la lógica no tiene que ver con que el mundo sea de un mo-

do o de otro, pues sus proposiciones no tratan de nada. Éstas simplemente describen el armazón lógico del mundo (*beschreiben das Gerüst der Welt*), lo representan (*sie stellen es dar*). Conectan con el mundo en tanto que suponen que los nombres tienen significado y las proposiciones simples, sentido (6.124).

La segunda idea hace referencia a lo que se ha venido llamando teoría figurativa o pictórica del significado. La teoría del significado que propondrá Wittgenstein es representacionista, pero en un nuevo sentido. Dice Wittgenstein que la proposición es una figura (*Bild*) de la realidad, un modelo (*Modell*) de ésta, tal como la pensamos (4.01). El problema está en entender qué quiere decir Wittgenstein con *Bild*, que al castellano puede ser traducida tanto por pintura, retrato, figura, representación, etc. Optemos por la primera opción. La pregunta es entonces ¿en qué sentido el lenguaje es *pintura* o *pinta* de la realidad? Pues para que la pintura represente lo figurado, debe haber algo de común entre ambos (2.16). Resumiendo, si tomamos en cuenta que la lógica rige al mundo, y el lenguaje pinta al mundo, entonces el lenguaje también estaría regi-

do por la lógica. La forma lógica es lo que hay en común entre la pintura y lo representado. Dice Wittgenstein: "Lo que cualquier figura, sea cual fuere su forma, ha de tener en común con la realidad para poder siquiera —correcta o falsamente— figurarla, es la forma lógica, esto es, la forma de la realidad" (2.18).

Pero esta forma lógica a su vez nos habla de dos correlaciones necesarias entre la pintura y lo representado, que se deben cumplir para que la pintura tenga sentido: a) la de los *elementos* de la proposición con las *cosas* de la realidad (2.1514), y b) la de las *relaciones* entre los elementos de la proposición con la situación representada (2.15). La relación entre lenguaje y mundo queda así garantizada. Y la relación entre el pensamiento y el lenguaje, que haga posible que podamos hablar del primero hablando del segundo se garantiza también por la forma lógica. Tanto lenguaje como pensamiento son pinturas de la realidad: "La figura lógica de los hechos es el pensamiento"(3) y "La proposición es una figura de la realidad"(4.01). El requisito de compartir la estructura lógica funge para toda pintura de la

realidad, y como el pensamiento y el lenguaje son pinturas de la realidad, los requisitos para que realmente sean pinturas, es decir para que tengan sentido, son los mismos.

El factor central de todo el desarrollo, y el fundamento sobre el cual se erige toda la propuesta del *Tractatus*, es la lógica. La lógica es, en el *Tractatus*, algo real, algo que moldea al mundo, al lenguaje y al pensamiento. Si el fundamento, que es la lógica, es derrocado, gran parte de la propuesta se viene abajo.

Podemos decir por último, que tendrá sentido fáctico todo aquello que responda a los dictámenes de la lógica, y será carente de éste lo que no pueda responder. Como uno de los factores a los que debía responder la proposición era a la correlación entre nombres de ésta y cosas del mundo, se puede adivinar que aquello que no posea su correlativo empírico en el mundo será carente de sentido fáctico. Toda proposición con sentido, según Wittgenstein, podría mediante el análisis ser reducida a una proposición elemental de la forma «aRb». El análisis lingüístico, que será entonces el arma filosófica, debe someter a análisis las

proposiciones para mostrar si éstas tienen sentido o carecen de él. Toda proposición que no pueda ser reducida a una proposición elemental, y que no comparta la forma lógica con lo que pinta, queda fuera de los límites del lenguaje y del pensamiento, y no podrá ser expresada al modo de un hecho fáctico. ¿Pero dónde quedan las proposiciones filosóficas después del establecimiento del límite?, es más, ¿dónde quedan las proposiciones del *Tractatus* respecto a este límite?

El estatus de la filosofía después de la crítica a la que es sometido el lenguaje y el pensamiento se deja entrever. Las proposiciones de la filosofía no pueden ser expresadas de una manera fáctica, pues no dicen nada con respecto al mundo. Wittgenstein dice: "Lo que *puede* ser mostrado (*Was gezeigt werden kann*), no *puede* ser dicho (*kann nicht gesagt werden*)" (4.1212). La filosofía será un intento por decir lo que no puede ser dicho. Pese a esto, dicho intento puede soslayar la tarea. Wittgenstein creará que ha terminado con los problemas filosóficos. Por lo que la filosofía dejará de ser un saber sustantivo y se convertirá en una actividad,

cuyo objetivo es la clarificación lógica de los pensamientos.

Pero si no son posibles las proposiciones filosóficas, entonces ¿qué son las proposiciones del *Tractatus*? Wittgenstein es perfectamente consciente de que con las proposiciones del *Tractatus* está yendo más allá de los límites del lenguaje que él mismo estableció. Desde el prólogo del libro, nos dice: "Si este trabajo tiene algún valor, lo tiene en un doble sentido. Primero, por venir expresados en él pensamientos, y este valor será tanto más grande cuanto mejor expresados estén dichos pensamientos (...) En este punto soy consciente de haber quedado muy por debajo de lo posible" (*Tractatus*, p.13). Wittgenstein sabe perfectamente que las proposiciones filosóficas no expresan como expresa el lenguaje fáctico, que son meros intentos, ensayos; por ello, no teme en decir inmediatamente después: "Otros vendrán, espero, que lo hagan mejor" (*Tractatus*, p.13). Esto, claro, en cuanto a la forma de expresar los pensamientos, pero Wittgenstein no cree que el contenido sea corregible, en tanto que su verdad le parece intocable: "La verdad de los pensamientos aquí comunicados me

parece, en cambio, intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de haber solucionado definitivamente, en lo esencial, los problemas" (*Tractatus*, p.13).

Aún así, Wittgenstein sabía que para ser absolutamente coherente, tenía que destruir las proposiciones del *Tractatus* dentro de éste mismo. Esta destrucción se narra en una bellísima metáfora de Wittgenstein en el penúltimo aforismo de su libro: "Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella)./ Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo" (6.54).

Podríamos decir entonces que la escritura del *Tractatus* es un intento desesperado por decir lo inefable. Pero debe tomarse en cuenta que el "decir" no es el único modo de usar el lenguaje. "Decir" es lo propio del lenguaje fáctico, pero no es el único modo que tenemos para expresarnos. Lograr ver esto, es para Wittgenstein *ver correctamente el mundo*, puesto que aquí en-

cuentra el problema central de toda la filosofía, tal y como la concibe en éste, su primer libro.

La diferencia entre mostrar (*zeigen*) y decir (*sagen*), se revela alentadora en muchos ámbitos. Los neopositivistas habrían entendido mal el *Tractatus* al ver que sólo lo que puede decirse tiene valor. Al contrario de esto, Wittgenstein sitúa fuera de lo fáctico lo verdaderamente valioso, precisamente para resguardar su valía:

Es cierto que el aforismo final, que resume el libro, ordena "callar" sobre aquello de lo cual "no se puede hablar": pero también hay que tener en cuenta que Wittgenstein distinguía entre lo que puede *decirse* y lo que sólo puede *mostrarse*. El cuestionamiento de la filosofía tradicional no quitaba todo sentido a lo que "sólo puede *mostrarse*" (como ocurre en general, con las cuestiones éticas, estéticas y religiosas).

Wittgenstein incluye en el dominio de lo inefable, de lo que sólo se *muestra*, a la ética, a la estética, a la lógica, y a lo místico. Algunos intérpretes suelen ver en esto una forma de ensalzar a la religión, otros de glorifi-

car al arte, y otros como una postura ética. Sin duda existen razones para decir que las tres interpretaciones son correctas. Wittgenstein, a mi modo de ver, nos intenta mostrar en el *Tractatus* que la dimensión más importante de la vida (arte, religión, moralidad, etc.) está más allá del lenguaje fáctico. Es más, intentar someter estas dimensiones de la existencia al rígido corsé del lenguaje fáctico sería mal entenderlas por completo. *Mostrar*, creo yo, es mucho más importante y rico, para el "primer Wittgenstein", que el *decir*. Por lo que las interpretaciones científicas y abstractas del *Tractatus*, sobre todo de los neopositivistas del Círculo de Viena, son sólo malentendidos de esta importante obra. O simplemente extrapolaciones del valor de la lógica y la ciencia en descrédito de los demás ámbitos de la vida humana. La importancia que Wittgenstein da a las cuestiones éticas, estéticas y religiosas no se queda en el *Tractatus*, sino que se extiende a su pensamiento posterior y a su propia vida.

No se debe olvidar que el edificio conceptual que se erige en el *Tractatus* está basado, entre otras cosas, en un fundamento: la lógica. Pues la lógica deter-

minaba que podía ser dicho fácticamente, y lo que quedase fuera, sólo podría mostrarse. El "segundo Wittgenstein", ya mucho más maduro, tuvo oportunidad de reflexionar sobre las tesis de su primera obra, teniendo la oportunidad de corregir severos errores que había cometido en ésta. Yo sólo señalaré uno, el que respecta a la lógica y su pretendida pureza. Dirá Wittgenstein en las *Investigaciones*: "Cuanto más de cerca examinamos el lenguaje efectivo, más grande se vuelve el conflicto entre él y nuestra exigencia. (La pureza cristalina de la lógica no me era *dada como resultado*; sino que era una exigencia). El conflicto se vuelve insostenible; la exigencia amenaza ahora con convertirse en algo vacío" (§107).

Wittgenstein creía que la lógica era el fundamento real, no ideal, del lenguaje en su expresión fáctica. La teoría pictórica le había surgido cuando en la Primera Guerra Mundial leía los periódicos para matar el tiempo. En ellos vio cómo se representaba en Francia un accidente automovilístico, por medio de maquetas y autos a escala, y ello le sirvió para reforzar su intuición de cómo debía operar el lenguaje.

je. Sin embargo, Wittgenstein no se había percatado que lo que estaba construyendo era un lenguaje ideal, no real.

Wittgenstein, después de escribir el *Tractatus*, se retiró profesionalmente de la filosofía. Dicho retiro momentáneo le dio tiempo para reflexionar sobre la naturaleza del lenguaje, y para darse cuenta de que la lógica no era el fundamento *sólido* que año había descubierto. Wittgenstein siguió defendiendo su teoría pictórica del significado, hasta que un día Sraffa —según reza la anécdota—, un amigo suyo, en un paseo en el que discutían, hizo a Wittgenstein una seña muy napolitana con la mano, apretando los dedos hacia arriba, y meneando breve y rítmicamente la mano debajo del mentón, como señal de desagrado y desprecio. Y le preguntó a Wittgenstein: "A ver, ¿cuál es la forma lógica de esto?". Wittgenstein quedó tan desconcertado que no pudo responder a ello, y eso fue lo que le llevó a cambiar su punto de vista respecto al significado.

Dejando de lado el tono trivial de la anécdota, podemos sacar ideas interesantes al respecto. Que Wittgenstein no cambió

sus ideas de un día para otro es cosa sabida. En el periodo intermedio entre la redacción del *Tractatus* y la de las *Investigaciones*, escribió la *Gramática Filosófica*, las *Observaciones Filosóficas*, y *Los Cuadernos Azul y Marrón*, donde todavía se sostenían puntos de su primera filosofía, pero ya se atisbaban rasgos de su pensamiento último. Lo que resulta interesante de la anécdota es que Wittgenstein de diversos modos se dio cuenta que había proposiciones que tenían un sentido (o tono) aparentemente fáctico sin tener ninguna forma lógica. Así la lógica fue decayendo, y su importancia para el pensamiento wittgensteiniano poco a poco fue suplantada por su idea de los juegos del lenguaje, y desarrolló una teoría del significado como *uso*, contra su anterior teoría pictórica. El "segundo Wittgenstein" comparará las palabras con las piezas de ajedrez (Cf. §31), manifestando que éstas siguen una serie de *convenciones de uso*, según las cuales tiene o no sentido lo que se dice.

En resumen, los cambios del *Tractatus* a las *Investigaciones* pueden resumirse en dos cuestiones centrales: a) Un cambio radical que procede, sin duda, de

un cambio de visión de la realidad misma. No existe un orden preexistente en la realidad, ese orden, no puede ser mostrado mediante el lenguaje, ya que el lenguaje no procede de ese supuesto orden. Sino que la realidad la vemos a partir del lenguaje y este limita nuestra visión de la misma realidad. Por lo tanto el fundamento del lenguaje no es el orden preexistente de la realidad, sino, el sujeto mismo; b) Un cambio de opinión respecto a la naturaleza del lenguaje. El primer Wittgenstein creía en una esencia del lenguaje, que se descubría por medio de la lógica. El segundo Wittgenstein cree que no existe tal esencia, sino en una combinación entre gramática, criterios gramaticales y formas de vida, que le da sustento y significación al lenguaje en lugar de la lógica. En resumen, el pensador austriaco se percató de que en el *Tractatus* ha reducido al lenguaje a su función descriptiva, mientras que en las *Investigaciones* se percató de la pluralidad de usos significativos que se pueden dar en el lenguaje.

Mario Gensollen Mendoza
Universidad Panamericana

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.